
CHE GUEVARA

PETER WEISS

Cuando oímos hablar de la muerte del Che, nuestro primer pensamiento fue: ¿era preciso que él muriera, justo ahora, cuando era más necesario que nunca? ¿No hubiera sido posible acudir a su socorro, ponerlo en seguridad —estaba enfermo, sufría de asma, de reumatismo—, no había ningún lugar para él desde donde pudiera actuar como planificador, como guía de la revolución? La cuestión se planteó así: ¿se sacrificó el Che, hizo de sí mismo un mártir?

Nosotros no queremos tener ningún santo. Rechazamos el misticismo que coloca una aureola alrededor de la muerte como sacrificio. Rechazamos la imagen de Cristo sacado de la cruz, esperando el día de la resurrección. Y sin embargo, el Che muerto, traicionado en una emboscada, un cuerpo desgarrado...

¿Somos culpables de su muerte? ¿Lo traicionamos nosotros? ¿O fuimos sólo trivialmente indiferentes, sólo confiados, como todos los días, por pereza, sobre esa revolución lejana? ¿Aplazamos sólo nuestra toma de posición porque el campo de acción del Che quedaba tan lejos?

Si es así, entonces él nos ha dado una lección con su muerte. El, que hubiera sido más necesario que nadie, mostró lo que consideraba como lo único justo. El mostró: si ustedes no lo hacen, entonces lo hago yo. El no estaba tan colmado de su propia importancia. Un obrero de las minas de Bolivia que va a la guerrilla era igualmente importante. El mostró: lo único justo es tomar un arma y combatir al enemigo.

Y por más vueltas que le demos al problema de su muerte, su clara lección nos da siempre la respuesta. Y la respuesta indica nuestra derrota, nuestra cobardía.

Sabemos que existe un gran enfrentamiento de opiniones sobre cómo debe dirigirse la lucha revolucionaria en América Latina. Sabemos que los comités centrales de muchos de los partidos comunistas de América Latina están en contra de la lucha de guerrillas. Consideran que el tiempo todavía no está maduro. Prefieren una larga táctica diplomática, calculan con la posibilidad de politizar a la población campesina con un paciente trabajo desde las ciudades. Se prenden a la ilusión de una coexistencia pacífica con el explotador armado hasta los dientes.

Nosotros hemos presenciado, durante la conferencia de la OLAS en La Habana, las amargas discordias. Pero también hemos atestiguado la unidad en torno a la absoluta exigencia del proletariado: la realización de la liberación final. La declaración de la conferencia de la OLAS resultó una afirmación de la revolución, a pesar de las diferentes opiniones sobre la forma de realizar la revolución.

El Che Guevara, y con él los jefes de la guerrilla en América Latina, vieron como único camino la directa, inmediata acción. Sabían, y saben, que nada fuera de la lucha armada es suficiente contra este enemigo, nada más que la violencia. Y saben que es necesario empuñar esta violencia, aun si lleva a derrotas, a graves pérdidas. Saben que cada respiro que se da al enemigo lo hace más fuerte. Saben que otros vendrán a ocupar sus puestos cuando ellos mismos tengan que dejarlos.

Para ellos esto no es ningún heroísmo. Para ellos éstos son los fríos hechos. El pan cotidiano de los hambrientos. Planeen lo que planeen los dirigentes de los partidos, no podrán evitar que la guerrilla se reúna en la sierra para continuar la revolución dentro de la revolución. Y la llamada voz de la sensatez y la razón no podrá nada contra esos hechos, que sólo tienen una elección posible. Y la elección es: luchar en lugar de morir de hambre, en lugar de ser oprimidos.

Nosotros hemos visto el bloqueo en Cuba. Hemos visto los cruceros norteamericanos que diariamente circulan alrededor de la isla. Hemos sentido la amenaza del norte más fuerte con cada día que pasa. Hemos sentido crecer el odio contra este enemigo que no espera más que una ocasión para derribar a Cuba, para aniquilar todo lo que se ha construido con pena y privaciones.

Cuba, Viet Nam, Corea del Norte, tres países pobres y subdesarrollados, que han construido lo más odiado por ese enemigo, que han construido una sociedad socialista. El sistema del enemigo no le deja ninguna otra

alternativa que la expedición militar para destruir los fundamentos de la revolución. El enemigo tiene que probar que su sistema es más fuerte, el enemigo tiene que probar que logra borrar del mapa esas presuntuosas tentativas de liberación.

Y aun si logra convertir a Viet Nam en cenizas, por culpa de nuestra pereza, de nuestra cobardía, de nuestra incapacidad de acción, aun así la guerra de liberación no está liquidada. Las palabras de paz del enemigo son siempre vacías. Nosotros sabemos, ninguna paz puede eliminar las causas de su agresión.

Nosotros, que nos arrogamos el derecho manifiesto de vivir, de nuestros tres mundos, en el llamado primero, nosotros que todavía toleramos que nuestros hombres de estado, nuestros comerciantes, nuestros sociólogos, tracen con naturalidad una línea de separación entre nuestro mundo y ese pobre, lejano, tercer mundo, nosotros, ya veremos que las guerras continúan, pequeñas guerras, tal vez guerras más grandes, acciones de lucha aisladas, en el monte, la sierra.

Allí está nuestra traición: en tanto no rompamos por completo con esta hipócrita división del mundo, en tanto nos agarremos ostensiblemente a los bienes que les negamos a los de allá lejos, somos cómplices por cada asesinato que se comete contra ellos, contra los que han comenzado la lucha contra las injusticias.

Llamemos a ese mundo, por cuyo porvenir cayó el Che Guevara, el primer mundo, puesto que es el más grande de los tres mundos. O llamémosle El Mundo Revolucionario, puesto que es de ese mundo que la revolución viene hoy. Hemos llamado a nuestro mundo el primero porque posee superioridad técnica, poder económico, porque es dueño de los medios de difusión para la venta de la cultura.

Nuestro primer mundo es un mundo de primera clase, y con nuestro pensamiento clasista repartimos pequeñas limosnas a los pobres de la clase inferior del tercer mundo. Pero, ¿qué tiene nuestra altamente desarrollada civilización que ofrecer que sea más valiosa que la libertad de pensamiento que ahora crece violentamente en el mundo pobre!

Con terminología del que está cómodamente instalado arriba hablamos de países subdesarrollados, también púdicamente llamados países en vías de desarrollo. ¡Esos países son más desarrollados que nosotros! Esos países saqueados por el colonialismo y el imperialismo han desarrollado un pensamiento que la mayoría de nosotros no se atreve a pensar hasta el fondo, en

todas sus consecuencias: el pensamiento de la revolución. Esos países han ido más lejos que nosotros, porque han resuelto derribar el poderío de clase, acabar con la explotación del hombre.

Cuando yo vi a los campesinos de Viet Nam construir con piedras y barro caminos y represas después del bombardeo, cuando los vi de rodillas en el lodo, las ropas empapadas de lodo, en las manos las grandes masas de barro, entonces no había ninguna duda sobre quién era el más desarrollado, el digno, el superior: ¿el que estaba allí abajo en el fango o aquel otro allá arriba con su máquina de un millón de dólares?

Lo más degradante que puede decirse sobre los que hoy continúan la lucha de Viet Nam en otros frentes es que son conspiradores románticos, que su rebelión es ajena al mundo en tanto las condiciones objetivas para el éxito no existan. Este menosprecio, que se manifiesta en el estado obrero de la revolución de octubre, no es nuevo. A mediados de los años 20 la Internacional Comunista obligó a los revolucionarios chinos a entregar sus armas a Chiang Kai-shek. Ya sabemos lo que pasó. Fueron asesinados por decenas de miles en tanto Chiang Kai-shek pasó a ser miembro de honor del Komintern. También entonces se consideró que todavía no había llegado el momento, y no se tenía confianza en la tesis de la revolución llevada desde el campo a las ciudades.

Precisamente el hecho de que Viet Nam lucha solo, que ningún voluntario de los hermanos países socialistas está a su lado, que los trabajadores de los llamados países desarrollados ven en silencio cómo obreros y campesinos de Viet Nam son asesinados, que los partidos obreros del mundo occidental no vienen a socorrerlos con su poderosa arma: la huelga general, precisamente ésa es una de las razones por las cuales el Che Guevara se sumó a la guerrilla de Bolivia. Su tesis sobre la necesidad de dos, tres, muchos Vietnames no fue una ocurrencia de romántico, sino la visión de un político realista de la única estrategia adecuada en la lucha contra la opresión del poder norteamericano.

Al mismo tiempo que daba su apoyo a la revolución latinoamericana expresaba su solidaridad con Viet Nam. Y si estaba desilusionado cuando lo apresaron y lo asesinaron en un puesto ocasionalmente perdido, no fue porque considerara perdida la revolución en América Latina, sino porque vio cuán sola estaba todavía la revolución. Cayó también por Viet Nam y —para recoger la lección que nos dio— mostró con su muerte, de la forma más concreta, qué terriblemente abandonado está Viet Nam.

¿Qué podemos hacer nosotros? Nuestra resistencia contra la guerra de agresión de EE.UU. en Viet Nam y los inminentes actos de violencia de EE.UU. en América Latina y en otros lugares de la tierra donde el gran capital norteamericano defiende sus posiciones, nuestra resistencia ha alcanzado ya el límite de las protestas pacíficas. Hemos visto con esas crecientes protestas crecer también la destrucción. Hemos visto que cientos de miles de hombres que desfilan por las calles de las metrópolis y gritan su condena, no pueden detener el dominio del terror. Se necesita otra actividad. Se necesita una politización de la oposición internacional. Condenar la guerra porque mata con napalm y gases a seres humanos inocentes no tiene sentido.

Inútil es la protesta contra las armas ilegales, la tortura, la transgresión de las convenciones. Sabemos que toda la guerra contra el pueblo de Viet Nam, del comienzo al fin, es un solo crimen contra todas las convenciones, contra toda la dignidad humana. Lo que se necesita ahora es marcar a fuego esta guerra, que está ya echando nuevas raíces en América Latina, en Africa, en el Cercano Oriente, como lo que es, una cruzada moderna de saqueo y conquista con la gigantesca ayuda de la tecnología.

¿Qué podemos hacer nosotros? Procurar atraer a nuestro lado a los que deben estar en primera fila cuando se trata de la lucha de clases: ¡los trabajadores! La guerra de Viet Nam, en el resto de Asia, en América Latina, en Africa, es una guerra de clases. Es la guerra del sobrealimentado contra el hambriento. Es la guerra del pesadamente armado contra el que lucha con sus solas manos.

Antes de morir el Che dijo: «El pedazo de tierra que riego con mi sangre es el único trozo de tierra que me pertenece». ¿Qué quiso decir con esto? El sabía que la tierra no te pertenece más cuando estás muerto. Pero él sabía también que si no arriesgas tu sangre, jamás esta tierra te pertenecerá. Este riesgo que él quiso correr, y que llevó a que uno de los grandes revolucionarios de nuestro tiempo haya muerto, este riesgo es el signo que guía a los que siguen.

¿Qué riesgos corremos? ¿Qué nos sucederá si nos negamos a aceptar las desfiguraciones, las falsificaciones de la realidad, las mentiras que los medios de difusión que los que dominan derraman sobre nosotros día y noche? ¿Qué arriesgan escritores, periodistas, dirigentes sindicales, funcionarios oficiales, si exigen saber y difundir la verdad?

Somos optimistas. Creemos en la fuerza interior del hombre cuando se trata de derribar la tiranía. El día en que hayamos conseguido conocimientos suficientes para comprender que la lucha tiene que ver también con nosotros, que la lucha no se desarrolla en lejanas regiones, sino en nuestro propio sistema social, ese día, cuando millones de trabajadores dejen fábricas y talleres para exigir que se acabe con la matanza, ese día será el comienzo de la derrota del imperialismo.

«Marcha», Montevideo.

108.057

